

cidos los impedimentos del matrimonio de que la princesa María era nacida. Y como le contestasen de nuevo con la dispensa pontificia, de nuevo dijo lo mismo que ya en otro tiempo apuntara el confesor; como las disposiciones del Papa no pueden derogar los preceptos del Evangelio. Naturalmente, las cuestiones matrimoniales de los príncipes no se parecen á las cuestiones matrimoniales de los súbditos. En estas, solo de asuntos particulares se trata, mientras que en aquellas se trata de los asuntos públicos. La herencia de un Rey puede costar la vida de un pueblo. El parto de las Reinas puede abortar una guerra civil cruentísima. Cuántas veces las entrañas de una mujer con corona se han convertido en el sepulcro de toda una generacion desdichada. Cuántas veces las naciones han sido como gladiadores de esas fiestas nupciales. Por consecuencia, Enrique VIII se hallaba realmente perplejo entre opiniones diversas, atribulado por escrúpulos continuos, incierto de la validez de su matrimonio y de la legitimidad de sus hijos; temiendo con razon que, despues de haber costado tantos crímenes cerrar los abismos donde contendian las competencias hereditarias de dos familias rivales, pudiese nuevamente alzarse la discordia y sumir en ruinas y en sangre á la poderosa Inglaterra. Una nube de teólogos, de casuistas, de jurisconsultos caia sobre su conciencia oscurecida, cual nube de langosta; y le arrancaba los últimos escrúpulos, que pudiera oponer á la consumacion del divorcio. Padre de una sola hija, privado de los príncipes que podian asegurar la sucesion del trono en su régia dinastía, por muchos calificada de usurpadora, temia entregar el poder de un pueblo militar y aristocrático á las débiles manos de una princesa nacida con débil complexion de un nefasto y reconocido incesto. Pero las virtudes mismas de la Reina, el recuerdo de diez y seis años de matrimonio, el amor á la heredera legítima, el miedo á la opinion y á la historia, le preservaron del divorcio, á no haber cautivado y rendido su voluntad una hermosa mujer, inspirándole la vehemente pasion, que nace con estrépito y arraiga con tenacidad en la madurez de la existencia.

Contábanse varias aventuras del Rey Enrique. Malas lenguas decian que el primer desvío del esposo y la primer herida de la esposa provinieron de triste aventura en que anduvieran mezclados el Rey de Inglaterra y la hermana del duque de Buckingham. No está la historia muy segura de tal he-

cho, pero está segurísima de los amores adúlteros del Rey con Isabel de Blount, encontrada en un viaje á Calais, y aparecida por el real palacio en una fiesta de Navidad. Mas de nueve años duraron estas relaciones, aunque Isabel se encontrara confinada en triste castillo del condado de Sussex, donde el Rey le hacia frecuentes y amorosas visitas. La revelacion de estos amores sobrevino á consecuencia de una ceremonia pública, en la cual, cardenales, obispos, lores temporales y espirituales, acompañaron en procesion á un niño, á quien el Rey recibió con grande pompa y majestad en su cámara, dándole la orden de caballería, el título de duque de Richmont, el cargo de almirante de Inglaterra, la posesion de riquísimos feudos y la preeminencia sobre todos los nobles de la corte y príncipes de la sangre, sin excluir la princesa de Gales, presunta heredera de la corona británica. Mas quien fijó por completo la idea del monarca, y por completo rindió su régia voluntad, fué la célebre Ana Bolena tan conocida hasta del vulgo, sobre todo, en las naciones católicas.

El 4 de mayo de 1527 recibia el Rey Enrique VIII á los embajadores de Francia, teniendo á su lado los cardenales y los ministros, los plenipotenciarios del Papa y de Venecia; y á su espalda los caballeros de la orden de la Jarretiera, vestidos con sus trajes ostentosos; y á su frente los enviados de Francia, presididos por el obispo de Tarbes, el cual pronunciaba en loor de tan excelso monarca elocuentísima arenga en ciceroniano latin. A la noche siguiente, hubo grandes fiestas, en cuyas decoraciones pintaron Hans y Holbein; cuyos coros compusieron Wyatt y Rastal; cuyo importe subió á cuarenta mil duros de nuestra moneda de hoy, lo cual les da un precio fabuloso; y en cuyas incidencias comieron con grande aparato los Reyes, lucharon rompiendo mas de trescientas lanzas los caballeros, bailaron durante toda la velada las damas, é hicieron brillantísima comparsa el Rey, el vizconde de Turena y seis gentiles-hombres mas vestidos con los mantos de púrpura y armiño, con los trajes de tisú y brocado usuales en la Venecia de aquel tiempo, llevando cada cual de la mano una gentil y hermosa señora á la veneciana tambien vestida, que enrubiado el cabello y cubierto de orientales perlas, ceñido el cuerpo de rico terciopelo recamado de oro, atada la garganta con collares de fabulosa pedrería, hubiérase dicho que bajaban de la góndola é

iban á la piazzeta ganosas de lanzarse á un baile de carnaval en la orgiástica Venecia. Pues bien, la jóven á quien el Rey daba la mano en aquella ocasion solemne llamábase Ana de Boleyn, cuyo nombre ha traducido de esta suerte nuestro lenguaje vulgar, Ana Bolena.

La familia paterna de Ana pertenecía en su totalidad á esa aristocracia modesta de la Gran Bretaña, que tanto se parece á las clases medias en el resto de Europa. A mediados del siglo décimoquinto, un Boleyn ilustró este apellido con el título de alcalde de Lóndres, que engrandeció un poco su condicion de negociante. Su hijo Guillermo de Boleyn dejó ya el comercio; y presentado á la corte, recibió el título de caballero del Baño, con que le honró la munificencia y largueza del célebre monarca Ricardo III. Ennoblecida tan recientemente esta familia, tendió á colorar de azul su sangre por medio de aristocráticos enlaces. Así casó con Margarita Butler, hija del conde irlandés de Ormonde. Por este camino Tomás Boleyn, padre de Ana Bolena, y uno de los favoritos de Enrique VIII, pudo unirse con la mas alta nobleza británica, al casarse con la hija del duque de Norfort. Tomás obtuvo pues en 1525, la dignidad altísima de Par, y llevó el nombre ilustre de lord Rochefort. Compañero de Enrique VIII en los campos de batalla; cortesano de Enrique VIII en los régios palacios; ejercitábase con el monarca inglés en la caza y en los torneos, y jugaba con el monarca inglés á juegos de azar y de envite, en los cuales rodaban sumas enormes, arriesgándose y perdiéndose cuantiosísimas y célebres fortunas. Tal género de vida no era muy propio para inspirar á los que lo llevaban el debido respeto á la santidad del hogar y de la familia. Bebian, trincaban, jugaban, violaban, con esa ligereza propia de los campamentos y de los palacios en aquella edad.

Tomás Boleyn llevó su hija Ana de Inglaterra á Francia, donde se educó primero en la corte de Luis XII y de Francisco I. Los Valois de Francia parecíanse mucho, por su amor así á la riqueza como al arte, parecíanse mucho á los Médicis de Florencia. Ellos cultivaban la escultura y la arquitectura, como puede verse todavía en las fachadas del Louvre; ellos mandaban decorar los salones y las galerías de sus palacios de Fontainebleau á pintores como el Primatice; ellos comisionaban al inmortal Andrea del Sarto, para que les comprase cuadros en la tierra de la inspiracion y de las artes

plásticas; ellos estimaban en mucho mas sus relaciones científicas con Leonardo de Vinci que sus relaciones políticas con el Emperador y con el Papa; ellos recibían y alojaban á Benvenuto Cellini, el cual dejó en sus palacios aquellas chucherías esmaltadas por su habilísimo buril, que han pasado á ser obras maestras é imperecederas en la estimacion universal; ellos preferían un rincon de la península italiana ciertamente á todos sus dominios de Francia, y se arriesgaban á mil guerras y aventuras por tener allá en el Olimpo de las artes, un refugio, donde consagrar á la belleza el culto propio de la pasion, en que por la belleza ardían sus régios corazones. En corte así, las damas de cierta elevacion de ánimo y de cierta claridad de inteligencia, debían tener un enorme influjo. Y entre estas damas, ninguna tan ilustre, ninguna tan grande como la célebre Margarita de Valois, hermana de Francisco I, conocida durante cierto tiempo con el título de duquesa de Alençon, y durante otro tiempo con el título de Reina de Navarra. Unía esta célebre señora, cuyo nombre también tiene cierta popularidad en todas partes, al encanto y gracia y delicadeza de su sexo, la prudencia, la reserva, la madurez de los hombres de Estado; y á la sensibilidad y á la ternura y á la pasion, el valor de los hombres de guerra. Espíritu de esta distincion, ingenio de esta claridad, mujer de estos sentimientos, no podía menos de cultivar las letras y las artes; y cultivando las letras y las artes, no podía menos de atraer en torno suyo esas inteligencias superiores, que buscan el ideal como buscan las mariposas las llamas. Al lado de la Reina de Navarra se educó Ana Bolena; y de esta educacion obtuvo gran parte del brillo, con que deslumbrara la corte de Inglaterra, donde se presentó en 1522, cuando ya comenzaban los acerbos disentimientos entre Enrique VIII y Catalina de Aragon. Jóven y pura, de facciones correctas, de ovalado rostro, lánguida y tierna la mirada, grandes y rasgados los ojos, negro el cabello sobre cuyas sedas de azabache relumbraban los brillantes como los astros en la oscuridad de la noche, grande la boca, saliente el labio superior sobre el inferior, flexible el talle, ingenuo el porte, sencillos y elegantes los modales, notábase á primera vista en todo este admirable conjunto extraña mezcla de candor y de sensualismo, mezcla realzada por la vivacidad graciosa de su conversacion centelleante de ingenio y por la melodía de su voz, que acompañada del laud, solía tomar celestiales

cadencias. Algunos defectos, sin embargo, nos ha la posteridad trasmitido, como es natural, tratándose de persona, causa mas ó menos inocente, pero al fin, causa, de una revolucion religiosa en el seno de la antigua Inglaterra. Tenia en su mano izquierda una doble uña, que mucho la afeaba, y que la hacia como tener seis dedos, y en su cuello deforme verruga semejante á una fresa, que ocultaba coquetamente con esos grandes cuellos, los cuales fueron de moda hasta entre sus enemigas y sus víctimas. Una belleza de este género, por preclaro ingenio y selecta instruccion realzada, forzosamente debia conmover á una corte, donde se anidaban todos los placeres y se rendia fervoroso culto á todas las artes. Así, como una tarde fuera Enrique á visitar al noble lord Tomás Boleyn, hallóla en el jardin, bajo los árboles, junto á las fuentes, entre las flores; y creyó ver una de esas apariciones semi paganas, las cuales embellecian los poemas clásicos del semi-pagano Renacimiento.

Al volver el Rey á su palacio encontróse de manos á boca con su primer ministro el cardenal Wolsey á quien le dijo la emocion que tanta hermosura despertara en su pecho. El Cardenal, con aquella mezcla de inmoralidad y de cálculo, que formaba la trama de todos los políticos en el siglo décimosexto, regocijóse indudablemente, al ver que su monarca y señor tenia nuevos motivos para divertir su atencion de los graves negocios del Estado, y le dirigió algunas bromas referentes á la fortuna con que los monarcas acostumbrados á vencer en los empeños de la guerra, acostumbran á vencer á su vez en los empeños del amor. En cuanto se divulgó que el Rey fijaba su atencion y su vista en la hermosa jóven, los poetas la cantaron, los cortesanos la siguieron, y todo el mundo se hizo lenguas de su gentileza y su prestancia. Cuéntase que el vate Wyatt la requería de amores, y que en uno de estos naturales atrevimientos del amor, le arrancó una joya y se la puso al cuello. Sin saber que otro habia sido á tal cosa osado, Enrique, tratando tambien de enamorarla, le arrancó un anillo. Y como, á los pocos dias, se encontraran los dos favorecidos jugando á los bolos, y ostentase el Rey su joya y el poeta tambien la suya, ambas de igual procedencia, estallaron mutuos resentimientos, por los cuales el mas débil tuvo que separarse de la corte y el mas fuerte mostró con rencores y amenazas la triste acerbidad de sus celos. La causa ocasional de la ida de Ana á Palacio fué segura-

mente la política del cardenal Wolsey, que la destinaba, en sus combinaciones, á un casamiento ideado para enlazar poderosas familias de antiguos y riquísimos Lores, cuya union debia calmar perturbaciones añejas en Irlanda. Luego el mismo cardenal Wolsey trató de casarla con el jóven lord Percy, heredero de la poderosa familia de Northumberland. Pero industriado en los amores del Rey por Ana Bolena, desterró al pretendiente de la corte, lo confinó en sus tierras feudales, y lo casó con otra rica heredera de la familia de los Talbots. ¡Ah! Este cardenal aspirante á la tiara pontificia; candidato tres veces en el conclave romano; católico, si no por conviccion, por costumbre; urdiendo por razones políticas un erótico drama en la corte de Enrique VIII, desconocia por completo las ideas religiosas íntimamente guardadas en el corazon de aquella nueva Helena, destinada por sus sortilegios y por sus prestigios á perder la Iglesia en Inglaterra. Sí, su presencia en Francia, su amistad con Margarita de Navarra, su comercio con los primeros protestantes franceses, su amor á toda clase de novedades y de innovaciones, movieronla fuertemente á seguir la religion que entonces despuntaba en las conciencias y esclarecia con sus relampagueantes resplandores las cumbres altísimas de aquella sociedad. Sí, Ana Bolena habia leído los libros piadosos, que pasaban de mano en mano por la corte luterana de Margarita de Navarra, y aprendido en ellos la nueva fe, que removía con sus ideas el mundo y agitaba hasta en sus últimas profundidades la humana conciencia. Imposible jugar con fuego sin quemarse las manos; imposible perderse en esos intrincados laberintos de continuas intrigas sin herirse de alguna manera ó en el corazon ó en la honra. Wolsey buscaba en los amores del Rey con Ana, divertimento y solaz para distraer á su señor, y encontró causas y ocasiones de derribar una Iglesia y una fe que le habian elevado á sus mayores preeminencias y le habian ceñido su fastuosísima púrpura.

En tal situacion la pobre Catalina sentia tristemente aumentarse de hora en hora el desvío de su esposo y la propia soledad. Ya no retenian al monarca y al marido mas consideraciones que las políticas ó de Estado. El divorcio de Catalina significaba tanto como la enemistad del Emperador y la enemistad del Emperador significaba tanto como la guerra perpetua. En esta horrible angustia de su corazon, el Rey pensó algunas veces en hacer de Ana